

En efecto, la embarcación estaba al pie de la escalera de la fragata, y los marineros aguardaban, con los remos levantados, á aquel á quien debían conducir otra vez á tierra.

No bien Manuel hubo puesto los pies en el bote, éste se alejó con igual rapidez que viniera; pero ahora bogando tristemente y en silencio, pues el joven marino no estaba presente para animar la conversación con los axiomas de su poética filosofía.

Aquella misma noche condujeron al prisionero á la *India*, y al amanecer del día siguiente los curiosos buscaron en vano en el Océano la fragata que, desde hacía ocho, diera pie á tantas conjeturas, y cuyos inesperado arribo, estación sin resultado y partida espontánea fueron siempre, para los habitantes de Puerto Luis, un misterio inexplicable.

### III

Como las causas que habían conducido al capitán Pablo á las costas de la Bretaña sólo se relacionan en nuestra historia con los acontecimientos que acabamos de narrar, dejaremos á nuestros lectores en la misma incertidumbre que quedaron los habitantes de Puerto Luis, y por mas que nuestra vocación y nuestra simpatía nos atraigan naturalmente á tierra, seguiremos por espacio de dos ó tres días más á la fragata en su arriesgada navegación al través del Atlántico.

Hacia un tiempo tan bueno como era posible en los parajes occidentales en los primeros días de otoño. La *India* navegaba gallardamente viento en popa. Los marineros descansaban confiados en el aspecto de la atmósfera, y, á excepción de algunos hombres ocupados en la maniobra, el resto de la tripulación, dispersado por las diferentes partes del buque, empleaba el tiempo á su antojo, cuando se oyó una voz, al parecer bajada del cielo, que decía:

—¡Eh! ¡los de abajo! ¡eh!

—¿Qué hay? preguntó desde proa el contra-  
maestre.

—¡Una vela! respondió el marinero colocado  
de vigía.

—¡Una vela! repitió el contra-  
maestre. Señor  
oficial de cuarto, mande usted avisar al capitán.  
¿Oye?

—¡Una vela! ¡una vela! repitieron todos los ma-  
rineros dispersados por la tilla, pues en aquel  
instante una ola, levantando al buque que  
aparecía en el horizonte, lo había hecho visible  
á los ojos de los marinos, por más que la poco  
experta mirada de un pasajero ó de un soldado  
de tierra lo hubiera de fijo tomado por las alas de  
una gaviota tendida sobre el Océano.

—¡Una vela! gritó á su vez un joven de veinti-  
cinco años, lanzándose á la tilla por la escalera  
de la cámara; pregunten al señor Arthur qué  
opina sobre ella.

—¡Eh! señor Arthur, dijo en inglés el teniente,  
sirviéndose de una bocina para no fatigarse in-  
útilmente, el capitán pregunta qué le parece á  
usted la cáscara de nuez que está á la vista.

—Salvo mejor opinión, respondió en el mismo  
lenguaje el joven guardia marina á quien diri-  
giera el teniente la pregunta, y que había subido  
para llenar las veces de vigía tan pronto señala-  
ran buque á la vista, para mí es un buque de  
gran porte que orza para acercársenos. ¡Ah!  
ahora despliega la mayor.

—Sí, repuso el joven á quien Walter diera el tí-  
tulo de capitán, tiene los ojos tan finos como nos-  
otros; nos ha visto. Bien, si le gusta conversar,  
hallará con quién. Por lo demás, nuestros caño-

nes deben ahogarse después de tanto tiempo  
como tienen tapada la boca. Señor Walter,  
avise usted al jefe de batería que tenemos á  
la vista un buque sospechoso, para que se  
prepare. Y adoptando á su vez la lengua de  
Albión y levantando la cabeza hacia las cru-  
cetas del mastelero de sobrejuanete donde  
quedara en observación el guardia marina,  
añadió: ¿qué le parece á usted la marcha de  
ese buque?

—Completamente militar, mi capitán; y aun-  
que todavía no descubro su pabellón, apostaría que  
trae á bordo una orden del rey Jorge.

—¿Verdad que sí? una orden que intima á su  
capitán que dé caza á cierta fragata apellidada la  
*India* y en la que le promete, si consigue apode-  
rarse de ella, el grado de capitán si es teniente y de  
mayor si es capitán. ¡Hola! ahora iza sus velas  
de juanete. Decididamente el sabueso nos venta  
y quiere darnos caza. señor Walter, ordene us-  
ted que pongan las velas de la fragata en conso-  
nancia con las del buque á la vista y sigamos  
adelante sin desviarnos una línea; veremos si se  
atreve á cerrarnos el paso.

Walter repitió al instante la orden del capitán,  
y en un abrir y cerrar de ojos la fragata, que na-  
vegaba solamente con sus velas de mastelero, des-  
plegó, como una triple nube, sus velas mayores,  
de manera que á su vez y como si se animara en  
presencia del enemigo, la fragata hundiéndose más pro-  
fundamente su proa en las olas, levantando un  
chorro de palpitante espuma á cada banda de su  
casco.

Á bordo de la *India* reinó entonces, y por un

momento, el silencio y la expectación más profundos, de los que nos aprovecharemos nosotros para llamar nuevamente la atención de nuestros lectores sobre el oficial á quien el teniente diera el título de capitán.

Ahora no era ya el joven y escéptico alférez de navío que hemos visto conducir á bordo de la fragata al conde de Auray, ni el viejo matalote, de cuerpo agobiado y voz áspera y resuelta, que le había recibido en la cámara, sino un mozo de veinticuatro á veinticinco años de edad, como ya hemos dicho; el cual, despojado de todo disfraz, aparecía por fin tal cual era y con el caprichoso uniforme que adoptaba una vez que, lanzado al Océano, únicamente podían conocerlo el mar, las tempestades y Dios. Consistía el susodicho uniforme en un como capote de terciopelo negro, con alamares de oro, ceñido al talle con un cinturón turco que al par sujetaba dos pistolas, no de abordaje, sino de duelo, esculpidas, cinceladas y con incrustaciones, cual esas armas de lujo que más parecen un adorno que no una defensa. Llevaba calzones de casimir blanco y botas arrugadas que le subían hasta el nacimiento de la rodilla; alrededor del cuello, y á guisa de aflojada y undulante corbata, uno de esos pañuelos de la India, de tejido transparente y sembrado de flores de color natural, y formábanle marco á las mejillas, curtidas por el sol y animadas por la esperanza, largos cabellos que, limpios de empolvadura y negros como el azabache, jugueteaban con la brisa. Junto á él, sobre el cañón de popa, había un pequeño casco de hierro con carrillera mallada: era su tocado de combate y la única arma defensiva

con que se cubría. Algunos cortes, abiertos profundamente en el acero del casco, probaban, por lo demás, que en repetidas ocasiones aquél había salvado á la cabeza de que era protector, de las terribles heridas que infieren los sables de abordaje de que se sirven los marinos cuando se aferran al buque enemigo.

Cuanto al resto de la tripulación, vestía en toda su exacta y severa elegancia el uniforme de la marina francesa.

Ínterin, el buque que veinte minutos antes señaló el vigía y apareció al principio como un punto blanco en el horizonte, fué convirtiéndose gradualmente en una pirámide de velas y de jarcías. Todos los tripulantes de la *India* tenían los ojos fijos en él, y por más que el capitán no hubiese dado orden alguna, cada cual había tomado sus disposiciones individuales, como si fuese cosa decidida el entrar en fuego. Reinaba, pues, á bordo de la *India* el silencio solemne que en todo buque de guerra precede siempre á las órdenes decisivas del jefe, y por fin, y después de haberse agrandado todavía más el buque sospechoso, el casco de éste pareció á su vez cual surgiendo de las olas como sucesivamente habían hecho sus velas. Entonces, desde la *India* pudieron ver que era una nave de algo más porte que no la suya y armada con treinta y seis cañones, y que, cual ella, navegaba sin pabellón en su pico cangrejo; de manera que, como la tripulación estaba escondida tras los empalletados, era imposible colegir, á menos que no fuese por señas particulares, á qué nación pertenecía. Estas dos observaciones las

hizo casi simultáneamente el capitán, aunque sólo pareció llamarle la atención la última.

—Se me figura, dijo el capitán al teniente, que vamos á tener una escena de baile de máscaras. Mande usted izar algunos pabellones, Arthur, y mostremos á nuestro desconocido que la *India* es una coqueta que dispone de muchos disfraces; y usted, Walter, ordene que preparen las armas, pues en estos parajes no podemos encontrar sino enemigos.

Las dos órdenes fueron ejecutadas encontidamente: el joven guardia marina sacó de los estantes colocados en el alcázar de popa una docena de pabellones diferentes, y el teniente Walter abrió las cajas de armas y mandó establecer depósitos de picas, hachas y machetes en distintas partes de la cubierta; luego se volvió al lado del capitán. Cada tripulante ocupó entonces su sitio, más por instinto que por deber, pues todavía no habían tocado zafarrancho: de manera que el desorden aparente que por espacio de contados minutos reinara á bordo, cesó poco á poco, y en la fragata imperó de nuevo la atención y el silencio.

Entretanto, los dos buques seguían su línea convergente y se acercaban uno á otro por momentos.

—Señor Walter, dijo el capitán cuando la *India* se encontró á unos tres tiros de cañón del buque sospechoso, me parece que es hora de que empecemos á embromar á nuestra amiga. Mostremosle el pabellón de Escocia.

El teniente hizo seña al jefe de timón, y la bandera roja con esquinazo azul se elevó como

una llama en la popa de la *India*; pero en el buque desconocido no se notó señal alguna de que se interesase lo más mínimo en esta maniobra.

—Lo comprendo, dijo el capitán; los tres leopardos de Inglaterra han limado por tal modo los dientes y recortado tan á cercén las uñas del león de Escocia, que ni le hacen caso, tan seguros están de tenerlo domado porque está indefenso. Muéstreles usted otro emblema, señor Walter, tal vez logremos desatarle la lengua.

—¿Cuál, mi capitán?

—Tómelo usted á bulto, el acaso nos servirá de ayuda.

No bien el capitán hubo dado esta orden, cuando arriaron el pabellón de Escocia y en su lugar izaron el de Cerdeña.

El buque desconocido tampoco dió señal de vida.

—Ea, dijo el capitán, parece que Su Majestad el rey Jorge está en amistosas relaciones con su hermano de Chipre y Jerusalén. No les malquistemos llevando más allá la broma. Ice usted el pabellón de América, señor Walter, y confírmelo con un cañonazo sin bala.

Repitióse la maniobra: el estandarte azul con esquina de gules y cruz de plata cayó sobre cubierta, y las estrellas de las Provincias Unidas subieron lentamente hacia el cielo, *confirmadas* por un cañonazo sin bala.

Sucedió lo que el capitán había previsto: al ver aquel símbolo de rebelión, que se elevaba insolentemente por los aires, el buque desconocido vendió su incógnito izando el pabellón de la Gran Bretaña. Al mismo instante, apareció

en el costado del buque realista una nube de humo, y antes de que se oyese el estampido, una bala de cañón, rebotando de ola en ola, vino á morir á un centenar de pasos de la *India*.

—Mande usted tocar llamada, señor Walter, dijo el capitán; ya ve usted que hemos puesto el dedo en la llaga. Ea, hijos míos, continuó, dirigiéndose á la tripulación, ¡hurra por América y muera Inglaterra!

Una aclamación unánime respondió á la excitación del capitán, y aun no se había apagado aquélla, cuando oyeron tocar ataque á bordo del *Drake*, que tal era el nombre del buque á la vista; el tambor de la *India* respondió al punto, y cada cual corrió á su sitio: los artilleros á sus piezas, los oficiales á sus baterías, y los marineros encargados de la maniobra, á la maniobra. En cuanto al capitán, se subió inmediatamente á la toldilla de popa, provisto de su bocina, símbolo del mando superior, cetro del imperio náutico, que el comandante acostumbra á empuñar en el momento del combate y de la tormenta.

Entretanto, se habían trocado los papeles: ahora era el inglés el que se mostraba impaciente y la fragata americana la que fingía tranquilidad. Apenas los dos buques se encontraron á tiro, en todo lo largo del costado del *Drake* apareció una faja de humo, seguida de una detonación parecida al fragor del trueno, y sus mensajeros de hierro, enviados para dar muerte á los rebeldes, vinieron á desaparecer, por error de cálculo, á alguna distancia de la *India*. La cual, como si se hubiese negado á responder

á un ataque prematuro, continuó orzando para ahorrar todo el camino posible á su enemigo.

En esto el capitán Pablo volvió el rostro para dirigir una postrer mirada á su buque, y con sorpresa vió á un nuevo personaje que acababa de elegir aquel momento para hacer su entrada en escena. Era aquél un joven de veintidós á veintitrés años, de rostro simpático y descolorido, vestido con elegante sencillez, y cuya presencia á bordo ignoraba el capitán. El joven estaba arrimado al palo mesana, con los brazos cruzados al pecho, y miraba con melancólica indiferencia cómo se acercaba á toda vela el buque inglés. Semejante tranquilidad, en tal momento y en un hombre que parecía ajeno al oficio de las armas, llamó la atención del capitán Pablo, el cual se acordó entonces del prisionero de que le hablara el conde de Auray, y que condujeron á bordo durante la última noche que había pasado en el fondeadero de Puerto Luis.

—¿Quién le ha permitido á usted subir á cubierta, caballero? le preguntó el capitán suavizando cuanto le fué posible el sonido de su voz, de modo que habría sido difícil juzgar si sus palabras eran una pregunta ó un reproche.

—Nadie, caballero, respondió el prisionero con voz suave y triste; mas espero que, en estas circunstancias, será usted menos severo observador de las órdenes que me constituyen su prisionero.

—¿Ha olvidado usted que le han prohibido comunicarse con la tripulación?

—No he subido para comunicarme con ella, sino para ver si alguna bala acaba conmigo.

—Pronto puede haber dado con lo que busca si no se mueve usted de este sitio, caballero. Así, pues, le aconsejo que se vuelva á la sentina.

—¿Es una advertencia ó una orden, capitán?

—Tómelo usted como quiera.

—Pues le doy á usted las gracias, repuso el joven; me quedo.

En esto se oyó una nueva detonación; pero ahora los dos buques se habían acercado tanto uno á otro, que apenas estaban á tres cuartos de tiro de distancia; así es que el huracán de balas enviado por el *Drake* atravesó todo entero el velamen de la *India*, y aun arrancó algunas astillas á la arboladura, que hirieron á dos ó tres hombres. En este instante el capitán tenía fija la mirada en el prisionero, y vió como una bala de cañón abría una escotadura en el palo mesana, en el que el joven estaba apoyado, y casi á raiz de la cabeza de éste, que, no obstante tal advertencia de muerte, permaneció tan sosegado y tranquilo como si no hubiese sentido en su frente el roce de las alas del ángel exterminador. Al capitán, que en achaque de valor era maestro, bastóle esta prueba para juzgar del hombre á quien frente á sí tenía.

—Está bien, caballero, dijo al joven el capitán Pablo; quédese donde se encuentra, y llegado el momento del abordaje, si está usted cansado de permanecer con los brazos cruzados, empuñe un sable ó una hacha y ayúdenos. Ahora dispéñeme que no me ocupe más en usted; otro quehacer tengo. ¡Fuego! prosiguió el capitán, gritando con la bocina al través de la escotilla de la batería; ¡fuego!

—¡Fuego! repitió como un eco el que recibiera la orden.

En aquel instante la *India* se estremeció desde la quilla hasta los sobrejuanetes, oyóse un horroroso estampido, y por la banda de estribor se extendió, como un velo, una nube de humo que á poco fué desvanecida por el viento. El capitán, de pie en su banco de cuarto, aguardaba con impaciencia que el humo hubiese desaparecido para juzgar del efecto que la andanada produjera á bordo del buque enemigo, y cuando pudo divisar algo al través de la humareda, vió que el palo mesana del *Drake*, roto por la cofa, había caído, obstruyendo con sus velas la popa, y que el velamen del palo mayor estaba acribillado.

—¡Bravo, hijos míos! gritó entonces el capitán, llevando nuevamente su bocina á la boca. Ahora tomemos rápidamente por delante. Están demasiado ocupados en desembarazarse de sus velas para enfilarnos con una andanada. ¡Fuego á discreción, y ver de hacer blanco!

Los marineros no se hicieron repetir la orden; la fragata viró graciosamente y terminó la maniobra sin que, como previera el capitán, el enemigo se opusiese á ella. Luego la *India* se estremeció otra vez como un volcán, y, como un volcán, vomitó á un tiempo humo y llamas.

Ahora los marineros habían tomado al pie de la letra la orden del capitán, y la andanada entera dado en el casco y en los palos machos del buque enemigo. Los obenques, los estays y las drizas estaban cortados. Los dos palos permanecían todavía en pie; pero, alrededor de ellos,

y de todos lados, colgaban jirones de velas.

Al parecer, el *Drake* había sufrido una avería más grande que no podía juzgarse desde la *India*, pues la respuesta á la andanada que ésta le enviara se hizo aguardar bastante, y, en vez de enfilar á su enemigo, le disparó al sesgo. Ello no obstante, el efecto fué todavía más terrible, pues la andanada entera penetró por el costado y la cubierta de la *India*, causando de sastres en el buque y en la tripulación; pero, por una casualidad que pudiera haberse atribuido á arte de magia, los proyectiles no habían causado avería alguna en los palos; sólo quedaron cortadas algunas jarcias, accidente sin importancia y que permitía al buque el continuar maniobrando sin estorbo.

Una mirada bastó al capitán Pablo para conocer que únicamente había perdido algunos hombres y la destrucción cebándose más en la carne que en la madera.

—¡Caña á babor! gritó el capitán de la *India*, dando un brinco de alegría y llevando de nuevo su bocina á la boca. ¡Abordémosle por la aleta de babor! ¡Á ellos! ¡al abordaje! ¡Otra andanada para arrasarla como un pontón y luego escálemosla como una fortaleza!

Al primer movimiento que hizo la *India*, la fragata enemiga comprendió la maniobra y quiso neutralizarla evolucionando de igual manera pero en el momento en que intentó ejecutar el movimiento, á bordo de ella se oyó un crujido horroroso, y el palo mayor, semitronchado por la última descarga de la *India*, se tambaleó por un instante como árbol desarraigado, y cayó sobre

proa, cubriendo la cubierta con su velamen y sus jarcias.

Entonces comprendió el capitán Pablo que había retardado la andanada del enemigo.

—Ahora es tan vuestra como si os la pusieran en las manos, muchachos, gritó el capitán de la *India*; no tenéis más que tomarla. ¡Otra descarga á tiro de pistola, y al abordaje!

La *India* obedeció como caballo amaestrado, y, sin oposición, avanzó contra el enemigo, al que no le quedaba ya otro recurso que luchar cuerpo á cuerpo; no pudiendo maniobrar, de nada le servían ya los cañones. El *Drake* se encontró, pues, á discreción de su adversario, el cual pudiera haberse mantenido á distancia y acribillarlo hasta echarlo á pique; pero el capitán Pablo, que desdeñaba esta clase de victorias, le envió una postrer andanada á cincuenta pasos. Luego, y antes de ver el efecto de la descarga, la *India* se precipitó sobre el *Drake*, enclavijó sus vergas en las de éste, y lanzó sus arpeos. Al punto las cofas y los pasamanos de la fragata del capitán Pablo se inflamaron como una blandonera en días de fiesta, y empezaron á caer cual granizo, á bordo del *Drake*, las granadas de mano, sucediendo en ambos buques, al estampido del cañón, el traquido de la fusilería.

—¡Ánimo, muchachos, ánimo! profirió una voz dominando aquel infernal ruido, como la de un ser sobrenatural; ¡ánimo! ¡amarrad el bauprés á las portas de su castillo de popa! ¡Bien! ¡atadlos uno á otro como á la horca el reo! ¡Ahora, fuego con las carronadas de reserva de proa!

Todas estas órdenes fueron ejecutadas como por encanto: los dos buques fueron amarrados uno á otro cual con ataduras de hierro; las dos piezas de proa, que todavía no habían funcionado, retumbaron á su vez, barriendo la cubierta enemiga con un alud de metralla; luego resonó una voz terrible, que gritó:

—¡Al abordaje!

Y uniendo el ejemplo al precepto, el capitán de la *India* arrojó su ya inútil bocina, se cubrió la cabeza con su casco, se ató la carrillera debajo de la barbilla, se puso entre los dientes el corvo sable que llevaba al cinto, y se lanzó al bauprés para desde él saltar á popa del buque enemigo. Sin embargo, por más que el capitán Pablo ejecutara este movimiento inmediatamente después de haber dado la orden de abordaje, con la misma rapidez que el trueno sigue al relámpago, fué el segundo que puso los pies en el *Drake*; el primero había sido el joven prisionero del palo mesana, quien, despojado de su casaca y llevando por toda arma una hachuela, se anticipaba á todos los demás para recibir la muerte ó conquistar la victoria.

—Usted ignora la disciplina de mi buque, le dijo el capitán Pablo riendo; yo soy el que primero debo pisar toda embarcación que abordo. Por esta vez le perdono, pero no lo repita.

Al mismo tiempo, por el bauprés, por los empalletados, por el extremo de las vergas, por los arpeos, por todas las maniobras conductivas, los marineros de la *India* cayeron sobre la cubierta del *Drake* como caen los frutos maduros de un árbol sacudido por el viento. En-

tonces los ingleses, que se habían refugiado en la proa, descubrieron una carronada que tuvieron tiempo de volver de cara á popa, y una tromba de llamas y de proyectiles barrió á los asaltantes. La cuarta parte de la tripulación de la *India* cayó mutilada en la cubierta enemiga, en medio de un coro de ayes y blasfemias; ayes y blasfemias que quedaron ahogados por una voz que gritó con acento terrible:

—¡Adelante todos los que aun viven!

Entonces se desenvolvió una escena de confusión horripilante, un combate cuerpo á cuerpo, un duelo general: al estruendo de los cañones, al estampido de las bocachas, á la explosión de las granadas, sucedió el arma blanca, más silenciosa y más segura, particularmente entre los marineros, que se han reservado para sí, para esta lucha, la herencia de los titanes, siglos hace proscritos de nuestros campos de batalla. Unos á otros se hienden el cráneo con hachas, ábrense el pecho con machetes, con picas de larga moharra se clavan en los restos de la arboladura, y de tiempo en tiempo, y en medio de esta silenciosa carnicería, resuena un pistoletazo, pero aislado y como corrido de intervenir en tan espantosa matanza.

La que estamos contando duró un cuarto de hora, pero con tal confusión, que nos sería imposible describirla; luego arriaron el pabellón de Inglaterra, y los supervivientes del *Drake* se precipitaron á la sentina por las escotillas de la batería, dejando en la cubierta á los vencedores, á los muertos y á los heridos, y en medio de ellos al capitán de la *India*, rodeado de su tri-



pulación y con el pie sobre el pecho del capitán enemigo, y teniendo á derecha y á izquierda, respectivamente, al teniente Walter y al joven prisionero, cuya ensangrentada camisa proclamaba la parte que tomara en la victoria.

—Todo ha terminado, dijo Pablo extendiendo el brazo; quien dé un golpe más se las habrá conmigo.

Luego tendió la mano á su joven prisionero, y profirió estas palabras:

—Caballero, esta noche me hará usted el favor de contarme su historia; no puede usted menos de ser víctima de alguna maquinación. Á Cayena sólo deportan á los infames, y un valiente como usted no puede serlo.

#### IV

Seis meses después de los acontecimientos que dejamos narrados, y en los primeros días de la primavera de 1778, una silla de posta cuyas ruedas y cofres, cubiertos de polvo y de barro, atestiguaban el largo camino que acababa de recorrer, aunque arrastrada por dos robustos caballos avanzaba lentamente por el camino de Vannes á Auray. El viajero á quien conducía, traqueado hasta más no poder por las rodadas de un camino vecinal, era nuestro antiguo conocido, el joven conde Manuel, al cual hemos visto abrir la escena en el muelle de Puerto Luis.

Manuel llegaba de París apresuradamente y se volvía al antiguo castillo de su familia, respecto de la cual ha llegado el momento de dar algunos pormenores más claros y circunstanciados.

El conde Manuel de Auray era hijo de una de las más antiguas casas de la Bretaña. Uno de sus antepasados había seguido á san Luis á la Tierra Santa, y desde entonces el apellido

de que él era el último heredero había resonado constantemente, en sus victorias y en sus desastres, en la historia de nuestra monarquía: el marqués de Auray, padre de Manuel, caballero de San Luis, comendador de San Miguel y gran cruz de la orden del Espíritu Santo, gozaba en la corte de Luis XV, en la que ocupaba el grado de maestro de campo, de la encumbrada posición que le crearan su cuna, sus riquezas y su valer; posición todavía mejorada, en el concepto del influjo, con su casamiento con la señorita de Sablé, que no le cedía respecto de la familia y de la reputación. De manera que á la ambición de los jóvenes esposos se ofrecía un porvenir por demás halagüeño, cuando, después de cinco años de matrimonio, de improviso cundió por la corte el rumor de que el marqués de Auray se había vuelto loco durante un viaje por su fundo. Por espacio de largo tiempo nadie quiso asentir á tal noticia; pero llegó el invierno, y ni el marqués ni su mujer reaparecieron en Versalles. El rey, en la esperanza de que el de Auray recobraría la razón, se negó á llenar la vacante que éste dejara en palacio; pero pasó otro invierno sin que ni la marquesa acudiese á hacer la corte á la reina. En Francia somos muy olvidadizos; la ausencia es una enfermedad de languidez á la cual tardan más ó menos á sucumbir los personajes de más pro. El sudario de la indiferencia se fué, pues, extendiendo poco á poco sobre aquella familia, encerrada en su antiguo castillo como en una tumba, y de la cual no se oía la voz ni para solicitar ni para quejarse. Los genealogistas

sólo habían registrado el nacimiento de un hijo y de una hija, único fruto de tal unión. Continuaron, pues, los de Auray figurando nominalmente entre la nobleza de Francia; pero como quiera que en el espacio de veinte años aquéllos no habían tomado parte alguna en las intrigas de alcoba ni en los asuntos políticos, ni afiliándose al bando de la Pompadour ni al de la Dubarry, ni señalándose en las victorias del mariscal de Broglie ni en las derrotas del conde de Clermont; en una palabra, como carecían de voz y de influjo, les habían olvidado personalmente del todo.

Sin embargo, en la corte, y por dos veces, se habló de los señores de Auray, pero sin resonancia: la primera, cuando el joven conde Manuel fué recibido, en 1769, entre los pajes de Luis XV; la segunda, cuando aquél ingresó en el cuerpo de mosqueteros del joven rey Luis XVI.

Manuel conoció al barón de Lectoure, pariente lejano de Maurepás; el cual barón le quería bien y gozaba de gran valimiento en el ánimo del ministro.

El joven había sido presentado en casa del cortesano Lectoure, quien, sabedor de que aquél tenía una hermana, vertió un día algunas palabras respecto de la posibilidad de una unión entre ambas familias. Manuel, joven, ambicioso y aburrido de bregar tras el velo que ocultaba su apellido, había visto en aquel matrimonio un medio de recobrar en la corte el lugar que su padre ocupara en tiempo del difunto rey, y, por tanto, acogido con solicitud la

primera proposición que le hiciera el barón de Lectoure. El cual, por su parte, y so pretexto de estrechar con los del parentesco los lazos que le unían ya al joven conde, había empleado una instancia tanto más halagadora para Manuel, cuanto el hombre que á éste le pedía la mano de su hermana no la conocía sino de oídas.

También la marquesa de Auray había aceptado con gozo tal combinación, que abría nuevamente á su hijo el camino del favor; de manera que la boda estaba concertada, si no entre los interesados, á lo menos entre las dos familias.

Manuel, pues, precediendo solamente de tres ó cuatro días al novio, venía á anunciar á su madre que todo estaba terminado según sus deseos.

En cuanto á Margarita, la futura esposa, se había limitado á participarle la resolución tomada, sin pedirle su consentimiento, y casi casi como notifican al reo la sentencia de muerte.

Mecido, pues, por los deslumbradores sueños de su futuro encumbramiento, y acariciando en su mente los más atrevidos proyectos que le sugería su ambición, entró Manuel en el sombrío castillo de Auray, cuyas feudales torrecillas, ennegrecidos muros y herbosos patios hacían contraste con las doradas esperanzas que á él le animaban.

Una de las fachadas del castillo de Auray, situado á legua y media de toda habitación, dominaba la parte de Océano á la cual sus siempre alteradas olas le han valido el nombre de mar Salvaje, y la otra miraba á un parque in-

menso que, abandonado hacia veinte años á los caprichos de la vegetación, se convirtiera en una selva. Respecto á los aposentos, habían permanecido continuamente cerrados, excepto los habitados por la familia, y su mobiliario, sustituido en tiempo de Luis XVI, gracias á los cuidados de los muchos servidores del castillo había conservado ese aspecto suntuoso y aristocrático que empezaban á perder los muebles modernos, más elegantes, sí, pero también menos grandiosos, que salían de los obradores de Boulle, tapicero de la real casa.

En uno de dichos aposentos de grandes molduras, chimenea esculpida y techumbre pintada al fresco, fué donde el conde Manuel entró al apearse de la silla de posta, impaciente por comunicar á su madre las buenas nuevas de que era portador. Sin perder tiempo en cambiar de traje, el joven arrojó sobre la mesa el sombrero, los guantes y las pistolas de viaje, y ordenó á un criado ya de edad que fuese á notificar su llegada á la marquesa y le preguntase si quería recibirle en su aposento ó él la aguardaría donde se encontraba; pues tal era en aquella antigua familia el respeto que inspiraban los padres, que el hijo, después de una ausencia de cinco meses, no se atrevía á presentarse ante su madre sin contar antes con su aquiescencia.

Cuanto al marqués de Auray, apenas si sus hijos recordaban haberle visto dos ó tres veces, y casi á hurtadillas; porque siendo su locura, según decía la gente, de aquellas que se enconan á vista de ciertos objetos, siempre habían puesto gran cuidado en alejarles de él. Únicamente la

marquesa, por lo demás modelo de virtudes conyugales, permanecía junto al infeliz, á quien no sólo prestaba los deberes de esposa, mas también los servicios de criado. De ahí que su nombre fuese venerado en las aldeas circunvecinas, al igual que el de las santas á las cuales su abnegación en la tierra ha conquistado un lugar en el cielo.

Poco después el anciano servidor entró de nuevo, anunciando que la marquesa de Auray prefería bajar, y que rogaba al señor conde la aguardase en la pieza en que se encontraba. Casi al punto se abrió la puerta del testero y se presentó la madre de Manuel. Era ésta, mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años, alta y pálida, pero todavía hermosa, y de semblante tranquilo, severo y triste, en él que se traslucía una singular expresión de altivez, autoridad y mando. Vestía la marquesa el traje de viuda, que adoptara en 1760, en que su marido perdiera la razón. Su rozagante y negro vestido daba á su andar, lento y sosegado como el de un espectro, algo solemne que esparcía sobre cuanto rodeaba á aquella mujer singular un no sé qué sombrío, que ni el amor filial pudo vencer nunca en sus hijos. Así es que, á su aspecto, Manuel se estremeció como á una aparición inesperada, y levantándose con presteza, avanzó tres pasos hacia ella, hincó respetuosamente una rodilla, é inclinándose besó la mano que la marquesa le tendía.

—Levántate, le dijo la de Auray; me place verte de nuevo.

La marquesa dijo estas palabras con voz tan

poco conmovida como si su hijo, que acababa de llegar tras una ausencia de cinco meses, se hubiese separado de ella la vispera.

Manuel, obediente, condujo á su madre á un gran sillón en el que ésta se sentó; él permaneció en pie y en actitud sumamente respetuosa.

—He recibido tu carta, dijo la marquesa á su hijo, y te felicito por tu destreza; más me parece nacido para la diplomacia que para la guerra; deberías rogar al barón de Lectoure que solicitase para ti una embajada en vez de un regimiento.

—Lectoure está pronto á solicitar cuanto deseemos, señora, y, lo que es más, alcanzará cuanto solicitemos; tal es su influjo en el ánimo de Maurepás, y tan enamorado está de mi hermana.

—¿Enamorado de una mujer á quien no ha visto?

—Lectoure es un hidalgo de buen sentido, señora, y el retrato que de Margarita le he trazado, y quizá también los informes que ha tomado acerca de nuestras riquezas, le han inspirado el más ardiente deseo de convertirse en hijo de usted y de apellidarme hermano suyo. Por tanto, él es quien ha insistido para que en su ausencia se llevasen á cabo todas las ceremonias preliminares. ¿Ha ordenado usted la publicación de las amonestaciones, señora?

—Sí.

—¿Podremos firmar el contrato pasado mañana?

—Con la ayuda de Dios todo estará dispuesto.

—Gracias, señora.

—Pero, dime, prosiguió la marquesa apoyándose en el brazo de su sillón é inclinándose hasta Manuel, ¿el barón de Lectoure no te ha dirigido pregunta alguna respecto del joven contra quien obtuvo del ministro una orden de deportación?

—Ninguna, madre. Estos son favores que se solicitan sin descender á explicaciones y se conceden sin desconfianza; entre gentes que saben vivir, es cosa convenida de antemano que tan pronto se hacen se olvidan.

—¿Así, pues, nada sabe?

—Nada, pero aun cuando lo supiese todo...

—¿Qué?

—Le creo bastante filósofo para que no influyera lo más mínimo en su determinación tal descubrimiento.

—Me lo temí; está arruinado, repuso la marquesa con indecible gesto de desdén y como hablando consigo misma.

—Y aun suponiendo que fuese así, dijo con inquietud Manuel, supongo que usted no variaría de dictamen.

—¿Acaso no estamos nosotros bastante ricos para rehacerle su fortuna si nos encumbra nuevamente?

—Así, pues, no queda sino mi hermana...

—¿Y tú crees que se opondrá á mis mandatos?

—¿Luego usted supone que ha olvidado á Lusignán?

—Á lo menos desde hace seis meses no se ha atrevido á acordarse de él en mi presencia.

—Considere usted, madre, que esta boda es el único medio de devolver á nuestra familia el lustre perdido, pues no debo ocultarle que mi padre, enfermo desde hace quince años y desde entonces alejado de la corte, ha sido completamente olvidado del viejo rey á su muerte y del joven rey á su exaltación al trono. La virtuosa solicitud de que ha rodeado usted al marqués, no la ha permitido separarse de él ni un instante desde el punto y hora en que se le extravió la razón; las virtudes de usted, señora, han sido de aquellas que Dios ve y recompensa, pero que la sociedad ignora; y en tanto usted cumple, en este vetusto castillo perdido en el corazón de la Bretaña, este oficio santo y consolador que usted, en su severidad, apellida un deber, sus antiguas amistades desaparecen muertas ú olvidadizas; de tal suerte, señora, por más que sea penoso el decirlo cuando, como nosotros, contamos seis siglos de esplendor, que al reaparecer yo en la corte, apenas si nuestro apellido, el apellido de la familia de Auray, era conocido de Sus Majestades más que como recuerdo histórico.

—Tienes razón, la memoria de los reyes es flaca, lo sé, murmuró la marquesa; pero casi al punto, y como echándose en cara tal blasfemia, añadió: creo que la bendición de Dios continúa amparando á Sus Majestades y á Francia.

—Y ¿quién podría atentar á su dicha? profirió Manuel con la ilimitada confianza en lo porvenir, que constituía uno de los caracteres distintivos de la atolondrada é indolente nobleza de aquel tiempo. Luis XVI, joven y bueno, y Ma-

ría Antonia, joven y hermosa, son objeto del amor de un pueblo valiente y leal. Á Dios gracias, el destino les ha colocado fuera del alcance de todo infortunio.

—Créeme, hijo mío, repuso la de Auray moviendo la cabeza, nadie es superior á los errores y á las flaquezas humanas. No hay corazón, por muy dueño de sí que se crea, ni por firme que sea, que esté á cubierto de las pasiones. Cabeza alguna, aunque coronada, puede responder de que no encanezca, aun en una noche. ¿Dices que su pueblo es leal y valeroso?

La marquesa se puso en pie, se acercó pausadamente á la ventana, y tendiendo con ademán solemne la mano en dirección al mar, añadió con voz majestuosa:

—Mira el Océano; está tranquilo y manso, y, sin embargo, mañana, esta noche, tal vez dentro de una hora el soplo del huracán nos traerá los ayes de angustia de los desventurados á quienes engullirá en sus abismos. Aunque vivo alejada de la sociedad, á las veces llegan á mis oídos extraños rumores, traídos como por espíritus invisibles y proféticos. ¿No existe una secta filosófica cuyos errores han alucinado á algunos hombres de valer? ¿No se habla de una clase entera de la sociedad que se desprende de la madre patria y cuyos hijos se niegan á reconocer á su padre? ¿No hay un pueblo que se intitula nación? ¿No he oído decir que ha habido nobles que han cruzado el Océano para ofrecer á rebeldes espadas que sus antepasados no solían desenvainar sino á la voz de sus soberanos legítimos; y no me han dicho también, como

no sea un sueño de mi soledad, que el rey Luis XVI y la misma reina María Antonia, olvidando que los soberanos son una familia de hermanos, habían favorecido esas emigraciones armadas y dado patentes de corso á no sé qué pirata?

—Cuanto acaba usted de decir es verdad, profirió Manuel con admiración no fingida.

—Dios vele, pues, por Sus Majestades los reyes de Francia, repuso la marquesa retirándose lentamente y dejando á su hijo tan estupefacto con sus dolorosas previsiones, que éste dejó que saliese del aposento sin dirigirle una palabra ni hacer un gesto para retenerla.

Manuel se quedó primeramente serio é imaginativo, cohibido como estaba, digámoslo así, por la sombra que proyectaba sobre él el luto de su madre; pero pronto su indolencia recobró el ascendiente, y como para cambiar de ideas variando de horizonte, se quitó de la ventana que miraba al mar y fué á apoyarse en la que daba al campo, desde la cual se descubría toda la llanura que se extiende de Auray á Vannes. Pocos minutos hacía que el joven conde se asomara á la ventana, cuando vió dos jinetes que seguían el mismo camino que él acababa de recorrer y, al parecer, se dirigían hacia el castillo. Al principio Manuel no pudo conocer quiénes eran aquéllos, á causa de la distancia; pero á proporción que fueron acercándose, distinguió á un señor y á su criado. El primero, que vestía á la usanza de los lechuguinos de aquel tiempo, esto es, redingote verde con alamares de oro, calzones de punto blancos y botas de campana, y ostentaba sobre

ro redondo de ancha presilla, llevaba los cabellos atados con un haz de cintas, y montaba un caballo inglés de bellísima estampa y subidísimo precio, al que regía con la gracia de quien ha hecho de la equitación un estudio profundo. A no mucha distancia le seguía su criado, cuya aristocrática librea estaba en perfecta armonía con el ademán majestuoso de su amo.

Manuel, al verles dirigirse tan directamente hacia el castillo, por un instante creyó que era el barón de Lectoure, que anticipaba su viaje para sorprenderle en el instante mismo de llegar él á su casa; pero pronto se desengañó de su engaño, y aunque le pareció que no era la primera vez que veía á aquel caballero, no le fue posible recordar dónde y en qué circunstancias le encontrara.

Mientras el joven buscaba en su imaginación á qué acontecimiento de su vida se unía el vago recuerdo de aquel hombre, los recién llegados desaparecieron detrás de una pared, y cinco minutos después, Manuel oyó los pasos de sus caballos en el patio.

Casi al punto se abrió la puerta, y un criado anunció al capitán Pablo.

## V

Así el nombre como el aspecto del jinete anunciado despertaron en la memoria del conde de Auray un recuerdo confuso; mas antes de que pudiese sacar nada en limpio, aquél apareció en la puerta del aposento opuesta á aquella por la cual había salido la marquesa. Aunque el momento era inoportuno para una visita, y el joven conde, preocupado con sus proyectos sobre lo porvenir, hubiese preferido madurarlos en su mente más bien que no enunciarlos en su corazón, se vió constreñido, por la obligación que imponía el decoro, tan severo en aquellos tiempos entre las gentes bien educadas, á recibir con cortesía y deferencia al recién venido, cuyos modales, por lo demás, anunciaban al hombre de mundo.

Tras los saludos de costumbre, Manuel inclinó con un gesto al desconocido á que tomara asiento en una silla de brazos.

El recién llegado hizo á su vez una cortesía y se sentó, entablándose, con la más exquisita ci-